

PARTE I. Ajarquia y posteriormente rescatado. Los españoles dirigieron su artillería con tan buen éxito que no se tardó en abrir en la muralla una brecha practicable. Por ella arrojaban los combatientes sus mortíferas balas, hasta que por último se encontraron cuerpo á cuerpo sobre las mismas ruinas. Despues de un terrible combate, los moros cedieron el terreno; los cristianos se precipitaron dentro, y se hicieron fuertes al mismo tiempo en la muralla; y aunque una parte de ésta, minada por el enemigo, se desplomó con terrible estruendo, todavía permanecieron firmes en el resto, y finalmente rechazaron á sus contrarios, que se retiraron por grados dentro de los fuertes de la ciudad. Entonces las líneas fueron acercándose y estrechando la plaza. Se cortó toda comunicacion, y se hicieron toda especie de preparativos para reducir la ciudad por riguroso bloqueo <sup>12</sup>.

Se hacen grandes preparativos.

Ademas de los cañones que los cristianos habian traído de Velez por mar, les llegaron ahora por caminos abiertos al efecto las lombardas mas gruesas, que por la dificultad de su trasporte se habian dejado en Antequera durante el último sitio. Tambien se trajeron balas de mármol de la antigua y despoblada ciudad de Algeciras, en donde yacian desde su conquista ejecutada en el siglo anterior por D. Alonso XI. El campo se veía lleno de operarios ocupados en hacer balas y pólvora, que se depositaban en almacenes subterráneos, y en fabricar los diversos ingenios de batir que se continuaron usando en Europa por mucho tiempo despues de haberse introducido las armas de fuego <sup>13</sup>.

En los principios del sitio el ejército habia experimentado algunos contratiempos por la interrupcion accidental de los auxilios que le llevaban por mar. Aumentaron esta inquietud los rumores que se esparcieron de haberse declarado la peste en algunos pueblos inmediatos; y unos desertores que se pasaron á Málaga refirieron estas circunstancias con la exageracion que se acostumbra, y animaron á los sitiados á permanecer firmes, asegurándoles que Fernando no podía sostenerse mucho tiempo, y que la reina habia ya escrito aconsejando que se levantara el campo. En este estado conoció Fernando

<sup>12</sup> Pedro Mártir, Opus Epist., lib. 1, epist. 63.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 76.—Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 83.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diálogo 36. <sup>13</sup> Pulgar, Reyes Católicos, cap. 76.

la importancia de la presencia de la reina para quitar toda ilusion al enemigo é infundir nuevo aliento á sus soldados. En su consecuencia envió un mensajero á Córdoba, en donde la reina se hallaba, para decirle que convenia se presentara en el ejército.

Isabel se habia propuesto reunirse á su marido delante de Velez, cuando recibió la noticia de haber salido el Zagal de Granada, mandando al efecto tomar las armas á todas las personas capaces de llevarlas, desde veinte á setenta años, por toda Andalucía; pero despues despidió estas fuerzas, en cuanto llegó á su noticia la derrota del ejército moro. Ahora pues partió al instante, acompañada del cardenal de España y de otros prelados eclesiásticos, juntamente con la infanta Isabel, y con la comitiva de damas y caballeros que iban en su corte. A poca distancia del campo fué recibida por el marqués de Cádiz y por el gran maestre de Santiago, que la acompañaron hasta sus pabellones, en medio de los vivas y del general entusiasmo del ejército. Con su presencia brilló la esperanza en todos los semblantes. Parecia que habia venido una gracia á suavizar el feroz aspecto de la guerra. De todas partes acudian al campamento jóvenes caballeros, ansiosos de obtener el prez del valor de las manos de quien es mas grato recibirle <sup>14</sup>.

La reina se presenta en el real.

Fernando, que hasta entonces solo habia hecho uso de las piezas menores de artillería deseando no causar gran daño á los edificios de la ciudad, se resolvió ya á dirigir los cañones mas gruesos contra sus murallas. Pero antes de romper el fuego, hizo intimar nuevamente la rendicion á la plaza, ofreciéndole las generosas condiciones acostumbradas, si las aceptaba inmediatamente, y amenazándola que en otro caso "con el favor de Dios, reduciria á todos sus habitantes á esclavitud." Pero el corazon del alcaide era tan duro como el de Faraon, dice el cronista andaluz, y el pueblo estaba lisonjeado con vanas esperanzas. Así es que cerraron los oidos á la propuesta, y aun dieron órdenes para castigar con pena de la vida al que hablara de capitulacion. Lejos de esto contestaron con un fuego mas vivo que nunca por toda la línea de murallas y fuertes que cubrian la ciudad. Hacian tambien continuas salidas, á todas horas del día y de la noche, contra los puntos

Se intima la rendicion á la ciudad.

<sup>14</sup> Salazar de Mendoza, Crón. del Anales, t. IV, cap. 70.—Bernaldez, Reyes Católicos, lib. 1, cap. 64.—Zurita, Reyes Católicos, MS., cap. 83.

PARTE I. mas débiles de las líneas de los cristianos, de suerte que tenían al campo en perpetua alarma. En una de estas salidas nocturnas, un cuerpo de dos mil hombres del Castillo de Gebalfaro logró sorprender los atrincheramientos del marqués de Cádiz, que con los suyos se hallaba abrumado por la vigilia y el cansancio de las dos noches precedentes. Los cristianos, despavoridos con el repentino tumulto que los sacó de su sueño, se vieron puestos en la mayor confusión, y el marqués, que salió á medio armar de su tienda, tuvo no poca dificultad en rehacerlos y en rechazar el asalto despues de haber recibido una herida de una saeta en el brazo, y de haber estado todavía en mayor riesgo por una bala de arcabuz que atravesó su escudo y le pasó la coraza, pero que afortunadamente, por venir muy fria, no le causó daño <sup>15</sup>.

Discordias intestinas de los moros.

No se olvidaban los moros de la importancia de Málaga, ni eran indiferentes al valor con que aquella ciudad se defendía: intentaron muchas veces socorrerla, y si no lo consiguieron no fué debido tanto á la oposicion de los cristianos, como á la traicion de los suyos y á sus miserables contiendas intestinas. Un cuerpo de caballería que el Zagal envió desde Guadix, en socorro de la ciudad sitiada, fué atacado y hecho pedazos por otras fuerzas superiores del jóven rey Abdallah. El cual puso el sello á su baja enviando una embajada al campo de los cristianos, con un regalo de caballos árabes magníficamente enjaezados para Fernando, y otro de preciosas telas de sedas y perfumes orientales para la reina, y con el encargo de felicitarlos por sus victorias, y de pedir que le continuasen su benevolencia. Fernando é Isabel recompensaron este acto de humillacion asegurando á los súbditos de Abdallah el derecho de cultivar en paz sus campos, y de poder comerciar con los españoles en todo género de mercancías, como no fuera en efectos de guerra. Por tan vil precio consintió aquel cobarde príncipe detener su brazo en el único momento en que podía haberle empleado para bien de su país <sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Bleda, Crónica, lib. 5, cap. 15.— Conde, Dominacion, t. iv, pp. 237, 238.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 83.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 79.

<sup>16</sup> Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.

Durante el sitio llegaron embajadores de un potentado de Africa, el rey de Tremecen, trayendo un magnífico regalo á los reyes de Castilla, intercediendo por los malagueños, y pidiendo al mismo tiempo que sus súbditos fueran respetados por las naves españolas que

Mas graves consecuencias estuvo á punto de producir otra tentativa que hizo una nueva partida de moros de Guadix para penetrar por las líneas de los cristianos. Una parte de ellos lo consiguieron y entraron en la ciudad sitiada; los demas fueron acuchillados. Pero hubo uno, que sin oponer la menor resistencia, y sin que hubiera recibido daño alguno en su persona, se dejó hacer prisionero. Traído éste á la presencia del marqués de Cádiz, espuso que tenía que hacer algunas revelaciones importantes á los reyes. En su consecuencia fué llevado á la tienda real; pero como Fernando se hallase durmiendo la siesta, la reina, movida de divina inspiracion, como dicen los historiadores castellanos, difirió darle audiencia hasta que su marido se despertara, mandando que entre tanto tuvieran al prisionero en la tienda próxima. Ésta la ocupaba D.<sup>a</sup> Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, la antigua amiga de Isabel, que en aquel instante se hallaba hablando con un caballero portugués, nombrado D. Álvaro, hijo del duque de Braganza <sup>17</sup>.

El moro no entendía la lengua castellana, y engañado por las ricas galas y lujosa pompa de aquellos personajes, los tuvo por los reyes. Y habiendo pedido y estando en ademan de beber un vaso de agua, sacó de improviso un puñal de debajo del albornoz, que con poca advertencia le habian dejado, y asestándole contra el príncipe portugués le causó una grave herida en la cabeza. Volviéndose despues como un relámpago contra la marquesa, le dirigió otro golpe terrible, que afortunadamente no la hizo ningun daño por haberse embotado la punta en los espesos bordados de sus vestidos. Antes de que aquel morisco escébola pudiera repetir sus golpes, con suerte muy distinta de la de su prototipo romano, fué traspasado por mil espadas de los que acudieron á las voces de la marquesa. Poco despues sus sangrien-

cruzaban en el Mediterráneo. Accedieron gustosos los reyes á la última petición, y cumplimentaron al monarca africano enviándole una fuente de oro en que estaban primorosamente esculpidas en relieve las armas reales, como dice Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 84.

<sup>17</sup> Este caballero, D. Alvaro de Portugal, habia huido de su país y buscado

asilo en Castilla contra el odio vengativo de D. Juan II, que habia hecho matar á su hermano mayor el duque de Braganza. Fué muy bien recibido por Isabel, de quien era próximo pariente, y obtuvo despues diferentes cargos importantes del estado. Su hijo el conde de Gelves casó con una nieta de Cristóbal Colon.—Oviedo, Quincuagenas, MS.

Tentativa de asesinato contra los reyes.

PARTE I. tos restos fueron arrojados á la ciudad con un disparo de catapulta; loco alarde, que los sitiados vengaron asesinando á un caballero gallego, y enviando su cadáver atravesado en un mulo que hicieron salir por las puertas de la ciudad hácia el campo de los cristianos<sup>18</sup>.

Este atrevido ataque contra las vidas de los reyes produjo general consternacion en todo el ejército, y se tomaron precauciones para lo sucesivo, prohibiéndose la entrada en los pabellones reales á toda persona desconocida que llevase armas, y á cualquier moro, ora las llevase ó no, y aumentándose la guardia con doscientos hidalgos de Castilla y Aragon, encargados de vigilar constantemente con sus dependientes en la seguridad de las reales personas.

Conflicto y valor de los sitiados.

Entretanto la ciudad de Málaga, cuya poblacion natural se habia aumentado extraordinariamente con los auxiliares de fuera, empezó á verse afligida por falta de mantenimientos, agravándose mas su escasez con la vista de la abundancia que reinaba en todo el campo cristiano. Y sin embargo, aquel pueblo, subyugado por los soldados, sufría sin murmurar, y nadie aflojaba un punto en su constante resistencia. Lisonjaban su abatido espíritu las predicciones de un fanático, que les prometia que habian de ser para ellos los granos que veian en el campamento cristiano: prediccion que llegó á cumplirse, como muchas otras de igual especie, en un sentido muy diferente del que se le daba.

Entretanto el fuego incesante que hacia el ejército sitiador consumía de tal modo su provision de municiones, que los reyes se vieron obligados á pedir las á las provincias mas distantes del reino y á los paises extranjeros. En esta coyuntura la llegada de dos naves flamencas, de transporte, que enviaba el emperador de Alemania, tomando interes por aquella cruzada, proporcionó un oportuno auxilio de pertrechos y municiones de guerra.

Entusiasmo de los cristianos.

La obstinada defensa de Málaga habia dado á aquel sitio tanta celebridad, que de todas partes de la Península acudian á ponerse bajo el real estandarte voluntarios ansiosos de poder concurrir á tan gran-

18 Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. Bleda, Crónica de los moros, lib. 5, cap. 1, quinc. 1, diál. 23.—Pedro Mártir, Opus, Epist., lib. 1, epist. 63.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 84.—

de empresa. Entre otros el duque de Medinasidonia, que desde el principio de la campaña habia dado su contingente de tropas, llegó ahora en persona con un refuerzo y juntamente con cien galeras cargadas de socorros, y con un préstamo de veinte mil doblas de oro que hacia á los soberanos para los gastos de la guerra. Tan grande era el interes que ésta escitaba en toda la nacion y el entusiasmo con que toda clase de personas concurrían á soportar sus enormes cargas<sup>19</sup>.

Aumentado el ejército castellano con estos refuerzos diarios, varió su número, segun los diferentes cálculos, desde sesenta mil hasta noventa mil hombres. Y en toda aquella inmensa hueste se mantenía la mas perfecta disciplina: se desterró el juego, dándose órdenes que prohibían el uso del dado y de los naipes, á que las clases bajas eran muy aficionadas; se castigó severamente toda blasfemia; fueron arrojadas las prostitutas, peste ordinaria de los campamentos, y fué tan completa la subordinacion que se introdujo, que ni ocurría una quimera, ni aun una reyerta, dice el historiador, entre aquella variada multitud. Además de los altos prelados que seguían la corte, habia en el campamento el número necesario de sacerdotes, curas, frailes y los capellanes de los nobles, que practicaban los ejercicios de devocion en sus respectivos cuarteles con toda la pompa y esplendor del culto católico romano, exaltando la imaginacion de los soldados, y escitando en ellos los elevados sentimientos religiosos propios de los que peleaban por la cruz<sup>20</sup>.

Disciplina del ejército.

Hasta entonces Fernando, confiando en los efectos del bloqueo, y cediendo á los deseos de la reina de economizar la sangre de sus soldados, se habia abstenido de formar ningun plan de asalto contra la ciudad. Pero como la estacion se pasaba sin que los sitiados dieran ninguna señal de someterse, determinó ya combatir las trincheras, cuya toma, aunque no tuviera otras consecuencias, pudiera servir á lo menos para desalentar al enemigo y acelerar el momento de la rendicion. Al efecto, se construyeron grandes torres de madera sobre ruedas, provistas de puentes levadizos y escalas, que arrimándose á las murallas pudieran servir para penetrar en la ciudad. Se

19 Pulgar, Reyes Católicos, capitulo 87, 89.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 84.

20 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 87.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 71.

PARTE I. abrieron tambien caminos cubiertos, los unos para introducirse en la plaza, y otros para socavar los cimientos de los muros. Todas estas operaciones se pusieron al cuidado y direccion del célebre ingeniero de Madrid D. Franciscó Ramirez.

Los sitiados verifican una salida general. Pero los moros, para impedir la conclusion de estos formidables preparativos, dieron un terrible y bien concertado ataque contra todos los puntos de las líneas españolas: contraminaron las obras de los sitiadores, y saliéndoles al encuentro en los pasos subterráneos, los arrojaron de ellos, destruyendo las obras de las galerías: al mismo tiempo una escuadrilla de buques de guerra, que se habia mantenido en la bahía, protegida por la artillería de la plaza, se hizo á la mar y atacó á la escuadra española. Así la batalla se daba á sangre y fuego en el campo y en la mar, en las murallas, en tierra y debajo de tierra á un mismo tiempo. Ni aun Pulgar puede rehusar su tributo de admiracion á aquel invencible ánimo de un enemigo que se veia acosado por todos los extremos del hambre y de la fatiga. "¿Quién no se maravilla, dice, al ver el esforzado corazon de aquellos infieles en la batalla, su sumision y obediencia á sus gefes, su destreza en los ardidés de la guerra, su sufrimiento en las privaciones, y su invencible perseverancia en sus propósitos?"<sup>21</sup>

Generosidad de un caballero moro.

En una salida de la ciudad ocurrió un incidente que presenta un rasgo de nobleza digno de memoria. Un noble moro, llamado Abraham Zenete, encontró á unos niños españoles que se habian apartado de su campamento, y sin hacerles ningun daño los tocó bondadosamente con el asta de la lanza, diciéndoles: "id, niños, id con vuestras madres." Y reprendido por sus compañeros, que le decian por qué los habia dejado marchar tan fácilmente, contestó, "porque no ví pelo de barba en sus rostros:" ejemplo de magnanimidad, dice el cura de los Palacios, verdaderamente admirable en un infiel, y que podria haber hecho honor á cualquiera caballero cristiano<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Conde, Dominacion de los árabes, t. iii, pp. 237, 238.—Pulgar, Reyes Católicos, cap. 80.—Caro de Torres, Ordenes Militares, fol. 82, 83.

<sup>22</sup> Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 91.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 84. La honrada exclamacion del cura trae á la memoria el elogio semejante de aquel romance morisco "Caballeros granadinos, Aunque moros, hijosdalgo."

Hyta, Guerras de Granada, t. 1, página 257.

Pero no habia virtud ni valor que pudiera amparar á los desgraciados malagueños contra las fuerzas extraordinarias de sus enemigos, los cuales desalojándolos de todas partes, los obligaron, despues de un combate desesperado, que duró seis horas, á recogerse dentro de las fuerzas interiores de la poblacion. Los cristianos prosiguieron su victoria. Abrieron una mina contra una torre que por un puente de cuatro arcos se comunicaba con las obras principales de la plaza. Los moros, confundidos y atemorizados por la esplosion, se retiraron cruzando el puente, y los españoles, ganada la torre, cuyos cañones le enfilaban completamente, se vieron en posesion de este importante paso para la ciudad sitiada. Por estos y otros señalados servicios hechos durante el sitio, D. Franciscó Ramirez, general director de la artillería, recibió los honores de caballero de manos del rey Fernando<sup>23</sup>.

Los ciudadanos de Málaga, desalentados al ver al enemigo en posesion de sus defensas, y agotadas sus fuerzas por un sitio que habia durado mas de tres meses, empezaron á murmurar contra la tenaci-

GAP. XIII.

Toma de los fuertes esteriores.

Terrible hambre.

<sup>23</sup> No hay en la historia militar de Europa, que yo sepa, ninguna noticia fidedigna de la aplicacion de la pólvora á las minas, mas antigua que esta de Ramirez. Es cierto que Tiraboschi, fundado en la autoridad de otro escritor, hace referencia á una obra que se hallaba en la librería de la Academia de Siena, compuesta por un tal Francesco Giorgio, arquitecto del duque de Urbino por los años de 1480, en que este sugeto pretende el mérito de la invencion (Letteratura Italiana, t. vi, p. 370); pero toda esta relacion es evidentemente muy vaga para que pueda deducirse lo que se pretende. Los historiadores italianos mencionan el uso de minas cargadas con pólvora en el sitio del pueblo de Serezanello, en Toscana, por los genoveses, en 1487, que fué precisamente

coetáneo al sitio de Málaga (Machiaveli, Istoire Fiorentine, lib. 8.—Guicciardini, Istoria d'Italia (Milan, 1803), t. iii, lib. 6.) Esta singular coincidencia en paises que á la sazón no tenian sino muy pocas relaciones, parece que daria lugar á inferir que aquella invencion tenia un origen comun mucho mas antiguo. Pero sea de esto lo que fuere, los historiadores de entrambas naciones convienen en atribuir el primer uso eficaz de semejantes minas en grande escala al célebre ingeniero español Pedro Navarro, cuando servia á las órdenes de Gonzalo de Córdoba en sus campañas de Italia, á principios del siglo xvi. Guicciardini, ubi supra.—Paolo Giovio, De Vita Magni Gonsalvi (Vitæ Illustrum Virorum, Basilæ, 1578), lib. 2.—Aleson, Anales de Navarra, t. v, lib. 35, cap. 12.